
Capítulo IV.

Un hombre de mal humor.

El viejo Meliton no teniamás que un vicio.

Todas las tardes, despues de desempeñar sus faenas, dedicaba una gran parte de tiempo á saborear el zumo de las viñas, y al anochechar solia ponerse como una cuba.

No era esto un obstáculo para que al oír el toque de oraciones fuese á la Iglesia á rezar, y se estuviese allí despues durmiendo hasta que el sacristan ó los monaguillos le echaban.

A los dos dias de la llegada á Medellin del tío Picospardos y Anton Perez, se encontró el primero á Meliton.

Saludóle con cortesía; pero el viejo le respondió de mala gana.

—¿Qué es eso, compadre?—pruguntó el tío Picospardos.—¿Estamos de mal humor?

—Estoy que trino.

—¿Pues qué pasa?

—Si no tuviera uno tanta ley á las amos.

—¿Te han regañado?

—Reñir... Buenos están ellos para reñir. Cuando los amos no tienen dinero, no riñen; pero hacen una cosa que es peor: no pagan la soldada á los criados, y cuando uno no tiene una blanca, no puede empinar el codo.

—¿Te burlas de mí?

—No, hombre. Ya sé que eres un santo, y aunque te veo tan mohino, no me olvido de que eres un alegre cuando llega la ocasion.

—Bebo algo, ya se vé que sí; pero es por que á mi edad está flojo el estómago y hay que darle fuerza.

—¿Y hoy no has bebido?

—Hoy no; en casa no lo gastan los amos, y á mi se me ha acabado mi repuesto. He pedido algo á cuenta de lo mucho que me deben para comprar una azumbre siquiera á la tía Fibas, y me han contestado con el: «Perdone su merced por Dios.» No sé como lo sufro.

El tío Picospardos se sonrió.

Despues, dándole un golpe en el hombro:

—En los buenos tiempos, bien os cuidabáis,—le dijo.

—Sí; pero de lo bueno se olvida uno pronto cuando está en lo malo.

—¡Válgame Dios! ¿Quién había de decir á don Martín Cortés que se vería reducido á tanta pobreza? Bien podía el rey darle algo, porque al fin y al cabo, su hijo está sirviéndole.

—Ya le ha hecho un memorial.

—¿Sí?

—Vaya; con letra muy pulida, y muy parlado.

—¿Y lo ha enviado al rey?

—Hace ya tiempo.

—¿Le habrá dado respuesta?

—Sí; la callada.

—¿Qué me cuentas?

—Los reyes no se acuerdan para nada de sus vasallos, sobre todo cuando estos no pueden servirle. Así es que don Martín está que trina, y doña Catalina su mujer... no hay quien pueda sufrirla.

—Vaya, hombre, vente conmigo á casa que yo siempre tengo un poco de lo añejo para los amigos.

—No quiero que digas que te desprecio. Vamos allá.

Los dos se encaminaron á casa del tío Picospardos.

Este hizo un guiño á Anton Perez, como diciéndole:

—«Este es Meliton, el criado de don Martín. Puede su merced explorarle á sus anchas.»

El primer saludo que hizo Meliton al paje del arzobispo de Búrgos fué muy poco expresivo.

Necesitaba echar un trago para ser tratable.

Apenas empinó el jarro, como si habi era conoci-

do que había faltado á la cortesía con el huésped de su amigo:

—¿Su merced es el clérigo que ha venido á esta villa con el tío Picospardos?—le preguntó.

—Para lo que gustéis mandar.

—Por muchos años. Por ahí dicen que habeis venido á respirar estos aires para poneros bueno...

No teneis mala cara, sin embargo...

Algo endebilló el cuerpo .. pero ya os repondreis.

Esta es tierra de muchos viejos, y en donde hay viejos hay salud.

—Traigo el encargo de hacer una visita á vuestros amos; pero dicho sea acá para entre los dos, os agradecería que con toda lealtad me informáseis antes acerca de su carácter, para saber si mi presencia les molestará ó no.

—Si no quiere su merced aburrirse, no vaya á verlos.

—¿Por qué?

—Porque dicen que en donde no hay harina todo es mohina, y los pobres viejos viven á la cuarta pregunta; con que no le quiero decir nada á vuesa merced.

—¿Es extraño eso! ¿No son los padres del ilustre caudillo que está en las Indias?

—Si; pero el hijo es un desgraciado como todos.

Por allí andará triunfando, sin acordarse de mandar un mal ducado á sus padres.

La hacienda apenas dá para mal comer á mis amos.

Se pasan unos días y unas noches, que como esto dure, van á matarme á pesadumbres.

—¡Ved lo que son las cosas!—dijo Anton Perez.—Yo me los figuraba tan dichosos; porque sino estoy mal informado, tiene en su compañía á la esposa de su hijo y á un nieto.

—En mal hora vinieren.

—¿No se llevan bien?

—No lo digo por eso, sino por que aunque dicen que donde comen dos comen tres, eso, en primer lugar, es una mentira, y aun cuando que no lo fuese, donde comen dos no pueden comer cuatro á gusto.

—¿Es decir, que es gravosa á los padres de su marido?

—Si no fuera por ella, lo que es para comer nosotros no nos faltaria.

—Pero los padres de Hernan Cortés,—repuso el clérigo,—darán por bien empleado el sacrificio que hacen.

Al fin y al cabo, un nieto para unos viejos es siempre un motivo de alegría.

—¡Bah! No lo crea vuesa merced.

El chico está siempre enfermizo. El y su madre se pasan todo el día en su cuarto, y aunque todos se quieren bien, hay un no sé qué... Vamos, que no hay alegría en la casa.

—¿Y es jóven la esposa?

—Jóven y guapa; pero más orgullosa que don Rodrigo.

—¡Hola, hola! ¡Con que es orgullosa?

—Siempre está tan estirada, tan... Cualquiera diria que consideraba como una reina á los vasallos á todos los que la rodean.

—¿Y vos, señor Meliton,—dijo Anton Perez,—estimais á vuestros amos?

—¿Por qué no he de decirlo? Les tengo ley. ¡Hace ya tantos años que estoy con ellos!...

—En ese caso, voy á revelaros un secreto que os complacerá.

—¡Calle! ¿Secreticos tenemos?—dijo el tio Meliton, apurando un vaso de vino.

—Hace poco,—repuso Anton Perez,—habeis calumniado al hijo de vuestros amos.

—¿A Hernan?

—Sí por cierto.

—¿Qué quiere decir su merced?

—Que no es tan ingrato como parece.

—Pues lo que es las muestras...

—Prometedme no revelar á nadie lo que vais á oír, y os diré mi secreto.

—Vaya, ya he entrado en ganas. Desembuche su merced.

—Hernan Cortés,—prosiguió Perez,—no se olvida de sus padres, y tanto es así, que les ha enviado algunos recursos con soldados de los que estaban á sus órdenes en las Indias, y que ha regresado á España.

—Así será; pero lo que es por aquí no hemos visto un mal maravedí.

—¿Quién se fia de soldados?

—Poco á poco; no calumniéis á los hombres de bien.

Ese soldado llegó á Sevilla, y allí cayó enfermo.

La casualidad me puso á su lado, y comprendiendo el pobre que por su mal estado de salud no podría desempeñar la mision que le habia confiado su capitán, me encargó á mí que trajese el dinero.

—¿Será posible?—exclamó Meliton, frotándose las manos.—¿Con que vos traeis monedas?

—Traigo una cantidad corta; pero bastante para que puedan salir de apuros vuestros amos.

—¿Y es para ellos el dinero?

—El soldado así me lo ha dicho, y por cierto que me extraña mucho, porque al fin y al cabo algo debia enviar á su esposa.

Esto me ha hecho pensar si existirá en este matrimonio algun pesar oculto.

—Tambien yo me lo he maliciado,

—Pues bien; no digais nada, que yo iré lo más prouto posible á saludar á vuestros amos y á cumplir el encargo que me han dado para ellos.

Pero al mismo tiempo, seria bueno saber si existe algo, en efecto, entre Hernan Cortés y su esposa, porque si existe, no es justo que sea gravosa á sus padres.

—Eso digo yo.

—Pues nada, nada; vos me facilitareis los medios de que yo pueda hablar con ella, de que yo la conozca.

· Mi estado no me hace sospechoso, y por otra par-

te, como sólo trato de hacer una obra buena...

—Cuenta su merced conmigo para todo.

—Entonces os autorizo desde luego para que anunciéis á vuestros amos que me habeis conocido, y que al verme solo, en un país extraño, me habeis dicho que no tomarian á mal que fuese á visitarlos, razon por la cual iré mañana mismo á ponerme á sus órdenes.

—Así se hará.

El tío Picospardos tenia que llevar el jarro á Meliton; y este, al irse á su casa, ya muy entrada la noche, iba por el camino murmurando:

—No, lo que es ella no disfrutará de esos recursos que envia Hernan Cortés á sus padres, y lo que es yo, haré que me paguen mis atrasos.

Al dia siguiente desempeñó la mision que le habia confiado Anton Perez.